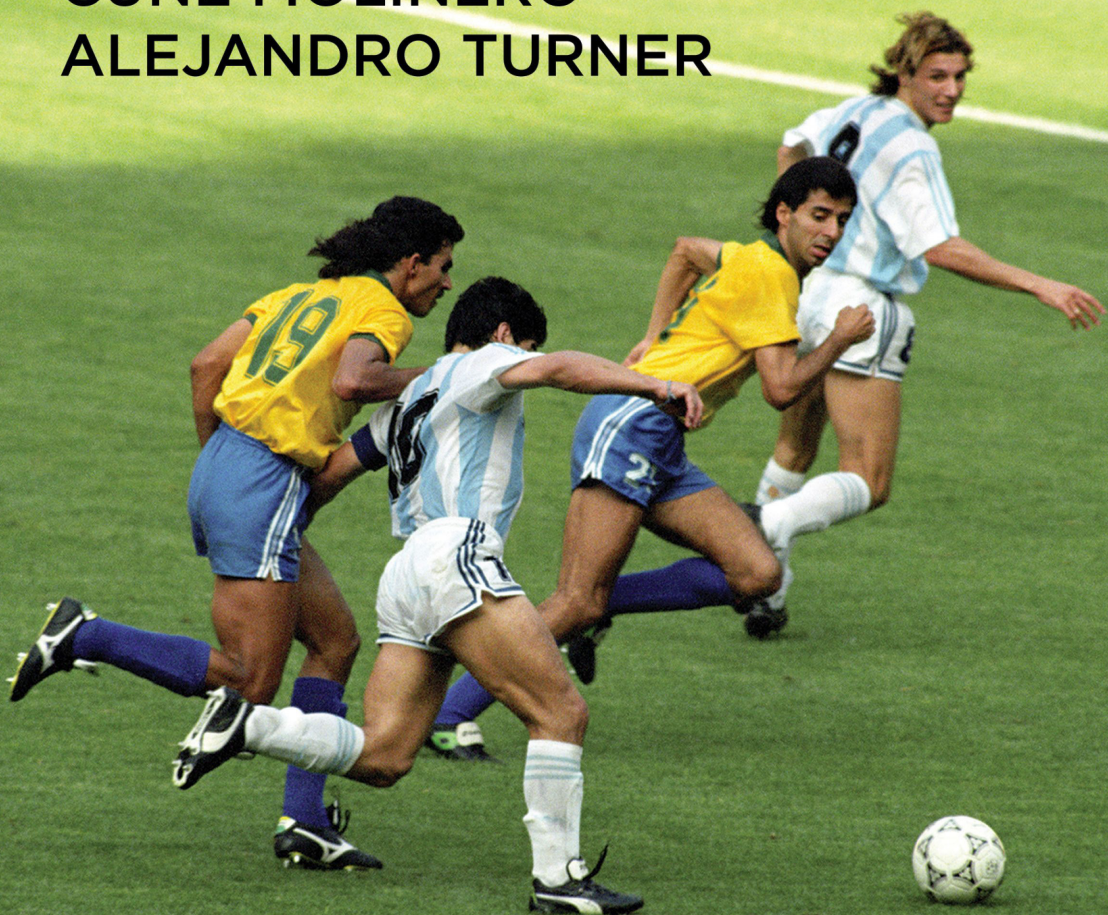


CUNE MOLINERO
ALEJANDRO TURNER



EL ÚLTIMO MUNDIAL

UN RECORRIDO SENSORIAL POR
ITALIA '90

CUNE MOLINERO

ALEJANDRO TURNER

El último Mundial

Un recorrido sensorial por Italia 90

Producción periodística y colaboración creativa

SEBASTIÁN GONZÁLEZ GÁNDARA

AGUSTÍN MARTÍNEZ

Molinero, Cune

El último mundial / Cune Molinero ; Alejandro Turner. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2020.

400 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7074-3

1. Deportes. 2. Fútbol. I. Turner, Alejandro II. Título
CDD 796.334

© 2020, Ernesto Marcial Molinero y David Alejandro Turner

Todos los derechos reservados

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Diseño de interior: Álvaro Caldelas

1ª edición: julio de 2020

2.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7074-3

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de junio de 2020

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

1

21 mil millas y ningún gol

“NO ARRANCA, MUCHACHOS”. En ese punto podía ser una metáfora, el preámbulo de una inesperada charla de Bilardo. De esas que llegaban en momentos insólitos, en lugares rarísimos. Pero no. Era peor.

Veinticinco horas. Buenos Aires, Río de Janeiro, Málaga, Madrid, París, Niza. Era 6 de enero y aquella delegación había hecho más millas que los Reyes Magos. Pero llegaba por fin la hora de relajarse un poco. Arriba del micro que los esperaba en el aeropuerto de Costa Azul para llevarlos a hacer los últimos trámites, aquellos hombres sabían que al menos ya no quedaba ni un segundo más de vuelos, de turbulencias, de cinturones, de horarios de trasbordo imposibles ni de pechugas de pollo secas envueltas en papel de aluminio que se resisten a ser cortadas por cubiertos de plástico. Pensaron que ahora sí estaban en tierra y la gira empezaba de una vez. Que el fútbol los llevaba a un lugar impensado para muchos: Mónaco y la chance cierta de participar de un Mundial.

En ese micro convivían la aventura de Valdano de volver al fútbol para pelear por el sueño de otra copa, con los nervios de Chamot, un pibito de Central convocado a último momento por la lesión de Juan Simón. Todo estaba por empezar.

Poco importaban las deshonrosas participaciones del equipo después de México. Las olvidables copas américa, los amistosos impre-sentables, el funcionamiento que no aparecía, la falta de gol, el fantasma de la edad. ¿O acaso habían llegado bien al 86? ¿O no habían tenido que irse antes de Argentina porque acá los querían matar? Aquel era un equipo de mundiales. Ya iba a aparecer. Tal vez incluso en un par de días, en el primero de los amistosos del año ante el campeón de Francia. Se acercaba el momento de la verdad.

En esto estarían pensando varios de los futbolistas cuando la voz de Carlos Bilardo, una vez más, los llamaba a la cruel realidad: “No arranca, muchachos...”. ¿Había llegado el momento de la primera charla técnica, un balance del equipo, un juramento? Con la frase siguiente las cosas quedaron más claras: “Hay que empujar”.

El micro se había quedado sin batería. “Nosotros nos empezamos a reír”, cuenta José Basualdo. Sería un chiste. Pero no: hubo que bajarse y empujar.

Bilardo se ríe y graba con su cámara VHS. Encontraba en estos episodios un motivo para afianzar la mística del equipo que se repone ante todo. Tanto, que mientras empujaban aquel micro en el amable invierno de la Costa Azul, muchos pensaron, aunque sin animarse a decirlo, que se trataba de una más de las estratagemas del DT. Ninguna locura.

* *

El avión había salido de Ezeiza el 5 de enero a las 17. Con el vuelo 150 de Aerolíneas Argentinas arrancaba la esperanza del bicampeonato. La delegación tenía caras conocidas y de las otras. Entre los campeones del mundo estaban Batista, Giusti, Olarticoechea, confirmadísimos. Más dos que le peleaban al físico para llegar: Jorge Valdano y el Tata José Luis Brown. Por entonces, Bilardo repetía que sus únicas dudas eran un líbero y un delantero. Es decir, cómo llegarían estos dos campeones a una nueva cita mundialista.

Entre los otros estaban el mencionado José Chamot, José Basualdo, Gabriel Calderón, Néstor Fabbri, Sergio Goycochea, Pedro Monzón, un jovencísimo Diego “Cholo” Simeone y dos delanteros que Bilardo pensaba seguir probando para uno de los puestos que más dudas le traía: Mauro Airez y Carlos Alfaro Moreno, ambos de gran presente en el fútbol local.

En esa delegación estaba también Julio César Falcioni: las últimas actitudes de Islas, arquero suplente en México 86, le abrían una puerta a Italia 90. Y Falcioni decidió aprovecharlo volviendo al fútbol argentino para atajar en Gimnasia y Esgrima de La Plata.

El resto de los futbolistas se sumarían en Europa. Aunque algunos preocupaban: en la escala de Río, un ejemplar de *La Gazzetta dello Sport* habla de una molestia de Troglia. El doctor Raúl Madero le resta importancia. Bilardo se preocupa. Todo lo preocupa. Hace bien.

* *

Durante el vuelo se acercó alguien de la tripulación hasta el asiento de Bilardo para ofrecerle viajar en primera. El Doctor se negó: “Si voy solo, sí. Agarro la invitación, en primera se viaja fenómeno. Pero estando los jugadores no me muevo”, le explica al enviado de la revista *El Gráfico*, Natalio Gorín, que rescata el gesto entre una larga serie de

elogios a una delegación que viaja “sin quejas” y “siempre con una sonrisa...”. En la cambiante relación entre la revista de Editorial Atlántida y Bilardo, por entonces tocaban las buenas. Pronto las cosas cambiarían. Y volverían a hacerlo. Y así sucesivamente. Así era con *El Gráfico*.

* *

Después de una escala en Río de Janeiro el avión parte hacia Madrid. Para algunos, como Chamot, es la primera vez que cruzan el Atlántico. La idea es abordar una conexión a Niza en Barajas. Pero las cosas no salen según el plan: en la capital española hay niebla, y el avión aterriza en Málaga. Habrá que esperar.

No están solos, vuelos multitudinarios empiezan a aterrizar en la Costa del Sol. Jumbos de todos los colores descargan muchedumbres en una pista desacostumbrada a tanto tránsito. Los pasillos siempre ridículamente amplios de los aeropuertos hoy quedan estrechos. Se empuja en varios idiomas. Los bares se vacían de bebidas y comidas. Los asientos no alcanzan. Los aeropuertos no son lugares para quedarse.

Tres horas más tarde el viaje retoma su rumbo inicial. Otro despegue, otro aterrizaje, y la Selección llega a Madrid a las 15. Nada grave si no fuera porque el vuelo de Iberia que los esperaba para ir a Niza había despegado 12:50. En una reunión entre Bilardo, los empleados de la AFA y Aerolíneas Argentinas se decide viajar a París, la única chance de conseguir una conexión que los deje en Mónaco ese mismo día. Tampoco será fácil.

La nave de Aerolíneas llega a Orly Sur a las 18:30. Tienen 45 minutos para abordar el otro avión. Pero a mucha gente se le ocurrió llegar a París y la cola en migraciones es kilométrica. Parece imposible hacer los trámites de toda la delegación y alcanzar el vuelo que parte de Orly Oeste, unas cinco cuadras más allá, en menos de una hora.

Lo primero es zafar de la cola. Y lo consiguen con la gestión de los dos “franceses” del grupo: Jorge Burruchaga llevaba años en el Nantes y Calderón militaba en las filas del Paris Saint Germain. Cuando llegan al mostrador de Air France el embarque ya está cerrado. Hay que pensar en pasar la noche en París. Cambiar los planes de entrenamiento que nunca sobran, conseguir que Aerolíneas pague los hoteles. Demasiado. Había que jugársela. Bilardo eligió a Calderón: “Vos traducí lo que yo te voy diciendo”. Y los dos encararon a la rubia con uniforme de la aerolínea francesa.

Bilardo dicta, Calderón traduce, el enviado de *El Gráfico* transcribe: “Señorita, si usted consigue que este grupo embarque en el próximo avión, yo mando una carta oficial de la Asociación del Fútbol Argentino a Air France poniendo de relieve su actuación y el gesto de la compañía hacia el equipo campeón del mundo...”. Hubo unos eternos segundos de silencio. Dominique levantó un teléfono. Podía estar tratando de resolver el problema o llamando al personal de seguridad del aeropuerto. A los pocos minutos estaba repartiendo las tarjetas de embarque a jugadores, dirigentes y periodistas (además de Natalio Gorín viajaba el relator José María Muñoz).

Durante el vuelo no hubo turbulencias ni comida en mal estado. Más bien lo contrario: el piloto pidió dos veces el aplauso de los pasajeros al plantel argentino.

Eran las 5 de la tarde del 6 de enero de 1990. Con retrasos, con problemas y con la necesidad del ingenio para salir adelante arrancaba la aventura de 1990. Un viaje lleno de obstáculos que a pesar de todo llegaría a la cita. Una premonición.

* *

Islas no estaba en la delegación que viajó a esa loca gira que unía en mil escalas Mónaco con Centroamérica. Algunas declaraciones lo bajarían definitivamente de cualquier tren. Suplente de Pumpido en México, era quien le disputaba el puesto con vistas al debut contra Camerún en Milán. Pero sabía que, llegando en igualdad de condiciones, Bilardo siempre privilegiaría al ex Unión, Vélez y River. Había quedado claro en la Copa América del 89: Islas ataja los dos primeros partidos (Chile y Ecuador) porque Pumpido seguía jugando el ascenso español con el Betis. Pero cuando llega, el que ataja contra Uruguay es el campeón del mundo. Islas no superó ese “desplante” y empezaría a hacer el tipo de cosas que Bilardo no perdonaba: no ir a las convocatorias del entrenador aun estando en Argentina porque está lesionado. “Mis vacaciones las uso como quiero”, llega a decir a la prensa.

Mientras Argentina se prepara para enfrentar al Mónaco, Islas estalla en un reportaje en *El Gráfico*, en principio con la propia revista: “Ustedes me hicieron como seis notas y no publicaron ninguna”, arranca. Y agrega: “La prensa española me consagró como el mejor extranjero de la Liga y *El Gráfico*, nada. Pumpido se va al descenso con el Betis y le dan cuatro páginas...”. La nota, un mano a mano con Alfredo Alegre en un bar de Caseros, en el conurbano bonaerense, es una muestra de la relación que había entre futbolistas y periodistas por entonces. De confianza pero a la vez de no guardarse nada. Alegre le señala unos cuantos errores de los últimos años. Goles extraños (como aquel de arco a arco que sufre jugando la Copa Libertadores para Independiente en Venezuela); lo llama sin vueltas “perdedor”. Islas se defiende agresivamente. Y al final de la nota deja el título: “Tengo una decisión tomada. No voy a otro Mundial de suplente. El verso del chico que va a hacer experiencia, conmigo no va más. Llevo diez años en primera”. Esta frase selló la suerte de Islas en Italia 90: si existía alguna posibilidad, acababa de tirarla por la borda.

Después, Bilardo contaría que lo llamó para que viajara a los partidos en Escocia e Irlanda del Norte, que Islas le preguntó si sería titular y que Bilardo, con total sinceridad, le reiteró que el titular era Pumpido. Islas nunca viajó.

El destino, siempre irónico, quería que Pumpido se lesionara gravemente en el segundo partido y le daría a Goycochea, un arquero con mucho menos cartel que Islas, la posibilidad de consagrarse para siempre. Cuatro años después, Islas le ganaría una pulseada cerrada al propio Goycochea para quedarse con la titularidad en USA 94. No descollaría.

* *

El partido con el Mónaco tiene dos datos fuertes. En Argentina, el retorno de Valdano, que había aceptado lanzarse a la aventura de volver al fútbol para jugar el Mundial. “Bilardo es ideólogo del primer disparate, que me haya invitado a volver a jugar. Cuando me lo dijo por primera vez, yo pensé que era una broma. Pero mirá que hay un ideólogo del segundo disparate: soy yo”, le contesta a Gorín en aquel interminable viaje a Europa.

Valdano sabía que la patriada era grande, pero la zanahoria del Mundial era tentadora. Bilardo, además, no terminaba de encontrar un delantero que le llenara el ojo. Había muchos nombres en Argentina y desparramados por el mundo. Pero buscaba condiciones físicas y tácticas puntuales. Para Bilardo, ningún delantero del fútbol argentino estaba en condiciones de superar físicamente a un defensor europeo. Los últimos intentos serían Mauro Airez y Alfaro Moreno, que harían su última gira con el seleccionado. El nombre al que todos señalaban, casualmente, iba a estar enfrentando a la Selección Nacional en el primer amistoso del 90: era Ramón Díaz.

* *

–Prepará todo que vamos para Olivos.

–¿Qué pasó, Carlos?

–Agarrá los videos y vamos...

Roberto Mariani ya hacía unos cuantos años que trabajaba con Bilardo. Se habían encontrado por la calle, justo cuando Bilardo estaba cerrando su ingreso a la selección. Mariani estaba por volver a Bolivia para dirigir. El Narigón le propuso sumarse a su trabajo con Carlos Pachamé: ni siquiera sabía si iba a haber plata. Pero él dijo que sí. Nunca se arrepintió. Nunca se aburrió. Este tipo de iniciativas inesperadas estaban a la orden del día cuando uno trabajaba con el DT de la selección. Pero esta vez había logrado sorprenderlo.

Empezaba abril, el Mundial quedaba cada vez más cerca, y el mismísimo presidente lo había invitado a Bilardo a la residencia oficial de Olivos. No le dijo para qué, pero Bilardo lo imaginaba. El presidente no se privaba de opinar en los diarios y últimamente se había sumado al coro que pedía por Ramón Díaz. Riverplatense como él, riojano como él... Y menemista. Como él.

“Nosotros recibíamos videos de Ramón Díaz porque teníamos contactos en todas partes del mundo”, cuenta Mariani. “Así que agarré los videos y nuestro equipo de VHS y nos fuimos a la quinta”.

El presidente no estaba solo. También estaban allí Julio Grondona, el presidente de la AFA, el periodista y flamante vocero presidencial, Fernando Niembro, y Fernando Galmarini, secretario de Deportes. Pero además estaban Constancio Vigil, Aldo Proietto y José María Muñoz, la cúpula del viejo periodismo deportivo que venía desde el Mundial 78. Proietto, entonces director de *El Gráfico*, había sido vocero del EAM 78 (Ente Autárquico Mundial 78, entidad organizadora y administradora de los fondos de ese Mundial). Muñoz, vocero de todo lo que hiciera falta.

La revista presentaría el encuentro como “Una cálida charla entre amigos...”. El comienzo de la nota, del mismo Proietto, rompe el récord mundial de adjetivación: “Informal. Divertida. Respetuosa. Prudente. Seria. Adulta. Abierta. Futbolera. Apasionada, apasionante. Nadie dijo lo que no debía decir, nadie preguntó lo que no debía preguntar. No hubo pulseada. Ni chismes. No los hubiera tolerado la calidad de los protagonistas”.

La crónica consigna detalles del lujoso asado, el reloj que Grondona le obsequió al presidente, la noticia de que el primer mandatario iba a asistir al debut de Argentina invitado por el gobierno de Italia, y un diálogo que la pluma esforzada de Proietto se ocupó de pasar en limpio hasta la última coma.

La nota cuenta también, casi como un detalle muy menor, que cerca de la medianoche el presidente condujo al entrenador del seleccionado a su escritorio y estuvieron a solas quince minutos. Aunque no puede precisar de qué hablaron. El que sí lo puede hacer es Mariani: “Carlos le mostró los videos y le demostró al presidente por qué no estaba Ramón en la selección. Que no era un capricho ni tampoco que teníamos algo contra él. Por los movimientos que él tenía amalgamados y su funcionamiento, no cuajaba lo de Ramón Díaz. Carlos consideraba que Ramón era desequilibrante y encarador, pero que no hacía los movimientos de relevo y de recuperación a los que estaban habituados los otros jugadores. Eso se malinterpretó y se tejieron habladurías, que porque era menottista... Mentira”.

Lo que en la revista fueron “quince minutos”, en la memoria de Mariani fueron noventa. A la salida, Menem les dijo a sus invitados: “no hubo caso”.

En *Yo soy el Diego de la gente*, la autobiografía que Diego le dictó a Daniel Arcucci tras la pesadilla de USA 94, el 10 aclara: “Nunca me opuse

a que Ramón se sumara al seleccionado. El que nunca se lo planteó fue Bilardo. Él habrá pensado que yo estaba peleado con Ramón porque Ramón era amigo de Passarella, y Passarella sí estaba enfrentado conmigo. Me crucé con él en la cancha en Italia y le grité: ‘¡Ojalá que Bilardo te llame así dejás de inventar boludeces!’. Lo cierto es que un año después, cuando Bilardo definió la lista para el Mundial, el Pelado no hacía un gol ni en un arco de 20 metros...”.

Los números dicen que Ramón Díaz jugó 70 partidos entre las temporadas 90 y 91 en el Mónaco. Y que marcó 30 goles.

En su descargo, Maradona agrega: “¿Sabés quién le enseñó a definir a Ramón? Yo. En el 79, cuando fuimos a jugar el Mundial Juvenil a Japón le metí en la cabeza que para hacer goles no tenía por qué agujerear a los arqueros...”. Nada personal.

Ricardo Giusti es categórico: “Carlos nunca nos preguntó nada respecto del armado del plantel o del equipo, nunca. Ni nosotros nunca le sugerimos nada, básicamente porque decidía todo él. Ni Maradona. A Bilardo nunca le dijo nada, ni con Ramón Díaz ni con nadie”. Algo que puede ser cierto, aunque no en todos los casos. El propio Maradona contó en un estudio de televisión cómo Bilardo se le apareció en su casa de Nápoles para avisarle que no iba a convocar a Claudio Caniggia. El argumento era que no se “cuidaba”. Según sus propias palabras, le contestó: “somos dos”. Si Cani no estaba, él tampoco.

Afortunadamente, Bilardo cedió. Aun cuando algunas cosas de Cani no le gustaban. Y esas cosas no eran futbolísticas. De hecho, cuando la selección del 86 usaba de *sparings* a los pibes de River, fue el propio Bilardo el que lo encaró al Bambino Veira intrigado: “¿Y a este por qué no lo ponés en primera?”.

* *

El miércoles 10 de enero de 1990 la selección salía al campo de juego del Louis II de Montecarlo con Falcioni; Brown; Monzón y Fabbri; Basualdo, Giusti, Batista, Gorosito y Olarticoechea; Calderón y Valdano.

Enfrente, un Mónaco que venía de ganar la Liga de Francia pero que había empezado hacía pocos días la pretemporada. Uno de los centrales era Emmanuel Petit, que años más tarde sería volante de la Francia campeona del mundo. El otro dato relevante era la presencia de Ramón Díaz. El Pelado fue la figura de la cancha y habilitó a sus compañeros para que hicieran los goles del 2 a 0: Touré y Fofana.

El mejor de Argentina, aun reconocido por el propio Bilardo, fue un futbolista que volvía a jugar después de tres años: Valdano. La falta de juego, y sobre todo de gol, ya eran datos preocupantes. Los ingresos de Airez y Alfaro Moreno no cambiaron las cosas.

Para peor, después del partido, el Pelado prendió la mecha: “Creo que Bilardo no me quiere”. Y al preguntársele por una supuesta enemistad con Maradona agregó: “Es un problema de él. Cuando se lo preguntan públicamente por televisión entra en una situación difícil, no le salen las palabras”.

Argentina seguía sumando minutos sin marcar. La búsqueda del gol llevó al equipo a un destino algo extraño para algo que había empezado como una gira europea: Guatemala.

* *

La partida de Europa está tan llena de escalas como la llegada. Vuelo de British Airways Niza-Londres. Otro de Londres a Miami. Una escala de cuatro horas en la que se suma Juan Simón (Burruchaga y Calderón se quedaron en Francia) y la llegada, 24 horas después, a Guatemala. Al bajar en Centroamérica, atendiendo a la prensa más allá del

cansancio, se enteran de que la selección local había sido disuelta tras quedar afuera de la eliminatoria al Mundial: lo que van a enfrentar es un combinado de dos equipos. La gira pierde seriedad a pasos agigantados.

* *

El 14 de enero de 1990 Argentina sale al campo del Estadio Mateo Flores en la capital de Guatemala. Es la primera vez que un campeón del mundo visita ese país. Falcioni vuelve a ser el arquero. En el fondo, Simón ocupa el lugar de líbero. Y delante de él, están Fabbri y Monzón. En el medio juegan Giusti, Basualdo, Batista, Gorosito y Olarticoechea. Adelante, Valdano y Alfaro Moreno.

Los locales muestran poco y nada. Argentina, nada. Los ingresos de Simeone y Airez no suman. Y los 10.000 entusiastas guatemaltecos cambian emoción por silbidos. No falta el testigo que afirme que hasta voló algún proyectil.

El encuentro termina 0 a 0. El campeón del mundo lleva 651 minutos sin hacer un gol. Bilardo habla 40 minutos con el plantel en el vestuario. Nada de lo dicho allí trasciende. Se extraña demasiado a Maradona y al hombre que gritó por última vez un tanto argentino: Claudio Caniggia.

A *El Gráfico* ya no le alcanza con que el equipo viaje sin quejarse del cansancio o atienda a la prensa con una sonrisa. La sentencia es clara: “Esta selección no le gana a nadie”.

* *

Y mientras el equipo se debate entre su falta de gol —y de fútbol y de casi todo— volvía a recrudecer la eterna “grieta” del fútbol argentino

entre César Luis Menotti y Carlos Salvador Bilardo. Grieta mucho más verbal y de imposturas que sencilla de sostener en “el verde césped”. El equipo del 86 en México o el Estudiantes del 82 que juntaba a Trobbiani, Sabella y Ponce estaban lejos del estereotipo bilardista que describían sus oponentes. La seriedad del trabajo encarado por Menotti en los seleccionados a partir de 1974, no se parecían al mito del lirismo y al “hagamos lo que nos gusta”. En la discusión había más palabrerío que hechos.

La disquisición futbolística entre estos dos entrenadores, insoslayables para la historia del seleccionado, siempre sirvió para demarcar sectas futboleras, alimentar penosas confusiones entre “ética” y “estética”, y para bloquear la posibilidad de ver que el juego tiene muchas más variantes que ser “generoso” o “amarrete”.

Por aquellos días, Menotti no estaba entrenando a ningún equipo. Su última experiencia en River había sido decepcionante. Después de haber comprado un sinfín de nombres rutilantes (Passarella, Batista, Borghi, Rinaldi, Balbo, Reynoso, Comizzo, Zamora, Basualdo, Carlos Enrique, Bevilacqua, Melgar, Serrizuela, Higuáin) aquel River debutó perdiendo con Platense y terminó cuarto en el torneo local, a años luz del Independiente campeón del Indio Solari.

El 8 de enero Menotti dio una nota a *El Cronista Comercial*. Desde allí disparó su habitual verba inflamada contra el dúo Maradona-Bilardo. “Argentina puede ganar, empatar o perder, nunca jugar bien, como a mí me gusta. En México fue un equipo compacto con un Maradona brillante. Creo que en el próximo Mundial volverá a repetirse esta dependencia, lo cual es preocupante porque nadie está exento de que a Maradona le agarre colitis en un partido”.

Maradona le respondió en Radio Continental: “Lo que dice Menotti es una verdadera estupidez. Me vuelve a dar consejos a la distancia. Ni mi

padre lo hace. En México no nos tenía en cuenta y ganamos. Así que dejemos que siga hablando pavadas”.

Menotti volvería a responder, esta vez mucho más duro: “En respuesta a otra de las tantas imbecilidades de Maradona, que una vez más hace gala de la mala educación que lo caracteriza, le contesto que jamás me atrevería a darle consejo alguno ya que no soy psicólogo ni psiquiatra”.

Carlos Bilardo salió a responderle desde el programa radial de Víctor Hugo Morales: “Yo digo siempre que no tengo ninguna polémica con Menotti. Solamente respondo a sus ataques. Él es un hombre que no está trabajando, entonces no puede hablar. Hace prácticamente dos años que no hace nada. Fracasó en el Mundial 82, fracasó en Barcelona donde no puede pasar, lo he comprobado personalmente. Gil y Gil me dijo que no podía volver a Madrid, fracasó en el Atlético. Fracasó en Boca, donde anunció un trabajo de 14 o 15 años y se fue cuando la veía mal dejándolo a mitad del campeonato. Fracasó en River. Hizo vender a Pumpido y a Ruggeri porque eran nuestros y le compraron los mejores del país... Y además, en todos lados, dejó muy mal la parte económica”.

* *

Para terminar la gira que abría el año del Mundial, la selección vuela a Los Ángeles. Allí se le suma Edgardo Bauza, que va a ser el tercer libero probado por Bilardo después de Brown y Simón. En el Memorial Coliseum los campeones del mundo enfrentan a una “selección” de México que el debutante Manuel Lapuente Díaz armó a las apuradas. Hay mínimos signos de mejoría en comparación con la apatía lindante con el papelón frente a Guatemala y el flojísimo debut ante el Mónaco. Pero no alcanza. Argentina pierde 2 a 0 y, para colmo, uno de los goles lo sufre tras dos cabezazos en el área. Blasfemia para Bilardo, al que —siempre se dijo— haber sufrido dos goles en la final con los alemanes le había amargado los festejos por la Copa del Mundo.

“Nosotros sabemos que este no es el equipo que va a jugar el Mundial de Italia; pero también es cierto que aquí, en Los Ángeles, volvió a perder el campeón del mundo, y siempre queda algo del prestigio que tanto nos costó ganar”, se lamenta Giusti ante el enviado de *El Gráfico*.

El equipo repite el dibujo 3-5-2 que Bilardo patentó como propio. El arquero esta vez es Goycochea, por entonces atajando en Millonarios de Colombia. Bauza sería el líbero. Delante de él, Monzón y Fabbri. En el medio Giusti, Basualdo, Batista, Gorosito y Olarticoechea. Adelante, Alfaro Moreno y Airez. Para muchos sería la última chance de ir al Mundial.

Falcioni ya había quedado afuera de México 86 porque la inclusión de Zelada le implicaba a la AFA gozar de las instalaciones del América sin gastar un centavo. Esta vez también se le alejaba la chance. La última. Había vuelto a jugar en el país, en Gimnasia, para tener más chances de lograrlo, pero jugaba poco. En abril sería desafectado. Según Falcioni, nunca tuvo una explicación de Bilardo. Y nunca la pidió. En su lugar, aparecerá en la lista el arquero de Ferro, Fabián Cancelarich.

* *

Desde aquel gol de Caniggia a Uruguay en la Copa América del 89, la selección había jugado frente a Bolivia, Brasil, Uruguay y Paraguay por el mismo torneo. Y luego una serie de amistosos con Italia, el Mónaco, y un combinado de Guatemala y México. En ninguno de esos partidos convirtió. Llevaba 741 minutos sin hacer goles. Hasta los que juran no preocuparse por los resultados estaban preocupados.